

Mia Couto

Un río llamado
tiempo, una casa
llamada tierra

COLECCION LETRAS



UNSAM
EDITA

Un río llamado tiempo, una casa llamada tierra

Colección Letras

“En Un río llamado tiempo, una casa llamada tierra la superficie del África moderna pos-revolucionaria no alcanza a ocultar el África inmemorial donde todo está imbuido de vida y de sentido. Con la historia de un joven que abandona la ciudad para regresar a su lugar de nacimiento y confrontar el misterio del ancestro que ha dejado de vivir pero no muere, Mia Couto nos ofrece una fábula de un momento de transición; momento en que al artista le corresponde explorar y dar voz a la historia más profunda de su época para que los muertos descansen en paz y pueda nacer el futuro”.

J. M. Coetzee

Mia Couto

UN RÍO LLAMADO TIEMPO,
UNA CASA LLAMADA TIERRA

COLECCIÓN LETRAS

UNSAM EDITA

Índice

- §
- 1 En la víspera del tiempo
- 2 El despierto nombre de los vivos
- 3 Una sábana de amores
- 4 Las primeras cartas
- 5 La muerte anunciada del padre inmortal
- 6 Dios y los dioses
- 7 Un burro enigmático
- 8 Perfumes de un amor ausente
- 9 El beso del muerto dormido
- 10 Sombras de un mundo sin luz
- 11 Acutilantes dudas, redondulantes mujeres
- 12 Visita al hacedor de tumbas
- 13 Un polvo muy blanco
- 14 La tierra cerrada
- 15 El sueño
- 16 Ideas de animal
- 17 En la cárcel
- 18 La lumbre del agua
- 19 El uniforme devuelto
- 20 La revelación
- 21 La llave de lluvia
- 22 La última carta
- Glosario del autor
 - Glosario de la traductora
- Sobre el autor

A Fernando y María de Jesús, mis padres
A Patricia, mi mujer
A Madyo Dawany, Luciana y Rita, mis hijos

*En el principio, la casa fue sagrada. Es decir, habitada no solo por hombres y vivos sino también por muertos y dioses.
(Sophia de Mello Breyner)*

1

En la víspera del tiempo

Llenaron la tierra de fronteras, cargaron
el cielo de banderas. Pero solo hay dos naciones:
la de los vivos y la de los muertos.
(Juca Sabão)

La muerte es como el ombligo: lo que en ella existe es su cicatriz, el recuerdo de una existencia anterior. A bordo del barco que me lleva a la isla Luar-do-Chão la muerte va dictándome sus órdenes. Por causa de defunción abandono la ciudad y hago el viaje: voy al entierro de mi abuelo, el Tal Mariano.

Cruzo el río, casi de noche. Miro ese poniente como si fuera la desaparición del último sol. La voz antigua del abuelo parece decirme: después de este crepúsculo ya no habrá días. Y el gastado gesto de Mariano apunta al horizonte: allí donde se hunde el astro es Mpela Djambo, el ombligo del cielo. La cicatriz tan lejana de una herida tan interna: la ausente permanencia de los que murieron. Con el abuelo Mariano lo confirmo: muerto amado nunca deja de morir.

Mi tío Abstinêncio está acodado en la amura, traje completo, oscuro que viste oscuridad. La corbata gris asemeja una cuerda que cae en un pozo que es su pecho enjuto. Rasando la proa del barco, las golondrinas le entregan mensajes secretos.

Abstinêncio es el tío más viejo. De allí la incumbencia: es él quien debe anunciar la muerte de su padre, el Tal Mariano. Eso lo llevó a invadir mi cuarto de estudiante en la residencia universitaria. Su aparición me dejó pasmado: hacía años que nada obligaba al tío Abstinêncio a salir de casa. ¿Qué hacía allí, después de tantos años de reclusión? Sus palabras fueron más magras que él, la estricta e innecesaria noticia: el abuelo se estaba muriendo. Que yo fuera, ese había sido el pedido exhalado por el viejo Mariano. Abstinêncio me instruyó: rápido, que hiciera la valija y tomara el próximo barco rumbo a nuestra isla.

— ¿Y mi padre? —pregunté mientras elegía la ropa.

— Está en la isla, esperándonos.

Después, ensimismado, el tío no dijo nada más. Tampoco se ofreció a ayudarme a empacar mis escasas posesiones.

Caminamos por la ciudad, él un poco más adelante, con ese andar empujado pero tropezado de zalamería. Siempre había sido así: ante el menor pretexto Abstinêncio se doblaba, hacía la venia a derecha e izquierda. No es por respeto, no, explicaba. Es que en todos lados, incluso en lo invisible, hay una puerta. Lejos o cerca, no somos dueños sino simples convidados. La vida, por respeto, requiere permiso constante.

Los otros familiares eran muy diferentes. Mi padre, por ejemplo, tenía el alma a flor de piel. Había sido guerrillero, revolucionario, opositor a la injusticia colonial. En lo recóndito de la isla, internado en los meandros del río Madzimi, mi viejo Fulano Malta transpiraba corazón en cada gesto. Pero mi tío Últimio, el menor de los tres, era dado a pavonearse, peraltado y sonoro, por las calles de la capital. No había vuelto a frecuentar su isla natal, atareado como estaba con el poder y sus pasillos. Ninguno de los hermanos se daba con los otros, cada uno en individual conformidad.

El tío Abstinêncio, este que ahora cruza el río conmigo, siempre se presentó así: flaco y almidonado, ocupado en trenzar recuerdos. Un buen día se exilió dentro de la casa. Creyeron que era un revuelo de humores, una cosa pasatemporaria. Pero era definitivo. Con el tiempo terminaron por sentir la ausencia. Lo visitaron. Lo sacudieron, y él, nada.

— No quiero salir nunca más.

— ¿De qué tienes miedo?

— El mundo ya no tiene belleza.

Como esos amantes que, después de una pelea, no quieren volver a verse. Así era el malhumor de nuestro tío. Él se había enamorado del mundo. Y ahora le dolía demasiado la decadencia del rostro que había amado. Los otros se rieron. ¿El pariente sufría de poesía tardía?

— Tú, Abstinêncio, eres una persona muy impersonal. ¿Tienes miedo de la vida o de vivir?

— Déjenme en paz, hermanos: esta es mi naturaleza.

— Cállense, lo que pasa es que el mano Abstinêncio no recibió suficiente naturaleza.

Y lo dejaron, solo y único. Al fin de cuentas, era su decisión. Abstinêncio Mariano había pasado la vida entera a la sombra de la repartición. La penumbra se adentró en él como un moho y terminó por añorar un tiempo nunca vivido, viudo sin haberse casado jamás. Hubo una novia, decían. Pero falleció en la víspera. En esa anteviuidez, Abstinêncio empezó a usar un brazalete de tela negra y una cinta de luto en la solapa. Según se cuenta, sucedía esto: el pequeño brazalete crecía du-

rante las noches. A la mañana siguiente la tela había aumentado de tamaño, como un mantel. Y al día subsiguiente ya colgaba una sábana de la sombría chaqueta. Parecía que la tristeza fertilizaba las telas sufrientes. En la familia hubo quien adujo la adecuada conveniencia: que allí había una manufactura textil en ciernes, motivo no de pérdida llorosa sino de ganancia copiosa. Se habla por hablar cuando no se tiene nada que decir.

No solo el tío Abstinêncio y yo cruzábamos el río rumbo a Luar-do-Chão: toda la familia estaba yendo a los funerales. La isla era nuestro origen, el lugar primigenio de nuestro clan, los Malilanes. O, con el aportuguesamiento: los Marianos.

Ningún país es tan pequeño como el nuestro. En él solo existen dos lugares: la ciudad y la isla. Separadas por un río. Esas aguas, sin embargo, alejan más que su propia distancia. Entre uno y otro lado reside un infinito. Son dos naciones, más remotas que planetas. Somos un pueblo, sí, pero de dos gentes, dos almas.

— ¿Tío?

— ¿Sí?

— ¿El abuelo está muriendo o ya murió?

— Es lo mismo.

Hay ganas de llorar. Pero no tengo la edad ni el hombro donde escurrir tristezas. Entro en la cabina del barco y me aísto en un rincón. No importa el bullicio ni los ruidos coloridos de las vendedoras de pescado. Mi alma oscila, más triste que la corbata del tío. Si se desatara una tempestad y el río se reviravirase, con olas tan altas que el barco no pudiera atracar nunca, yo quedaría eximido de las ceremonias. Ni siquiera la muerte de mi abuelo ocurriría tampoco. ¿Quizá el abuelo no llegaría a ser enterrado nunca? Envuelto en polvo, nublado, sin apariencia. Quedaría la tierra excavada, un vacío siempre voluble, a la inútil espera del demorado cadáver. Pero no, la muerte, ese viaje sin viajero, estaba allí para darnos un destino. Y yo siguiendo el río, yo más mi intransitiva lágrima.

El calor me hace salir de la cabina. Voy a la cubierta de proa donde se mezclan gentes, colores y olores. Me siento en la parte de atrás, en una escalera fuera de uso. El río está sucio, cribado de sedimentos. Es temporada de lluvias, de aguas rojas. Como sangre, un ciclo menstrual va manchando el estuario.

— ¿Está libre ese lugarcito?

Una vieja gorda pide permiso para sentarse. Demora un poco en acomodarse en el suelo. Permanece en silencio, enderezando las piernas. La ropa es vieja, de antiguo y roñoso uso. Contrasta con el conjun-

to un pañuelo nuevo, que tiene todos los colores del mundo. Hasta la edad del rostro parece menguar, tan colorido es el pañuelo.

— ¿Me estás mirando el pañuelo? Este pañuelo me fue dado en la ciudad. Ahora es mío.

Se acomoda un adorno en la cabeza, bamboleando los hombros. Después se queda estudiando al tío Abstinêncio.

— ¿Es pariente tuyo?

— Es mi tío.

La vieja me contempla con cuidado. Los ojos se le achinan. Enseguida, vuelve a mirar a Abstinêncio. Nos compara, sin duda. Después me extiende el brazo y esboza una sonrisa.

— Me llamo Miserinha. Es un nombre que me fue dado, pero no de nacimiento. Como este pañuelo que recibí.

Vuelve a concentrar su atención en el tío. Su mirada parece más un modo de escuchar. ¿Que estará viendo en mi pariente? Quizá su postura decaída. Ya se sabe: el dolor pide pudor. En nuestra tierra el sufrimiento es una desnudez —no se muestra en público—. Abstinêncio se refugia en su melancolía. La vieja ahueca la mano sobre la frente para protegerse los ojos, atenta a los vaivenes de los gestos de Abstinêncio.

— Ese hombre está cargado de sufrimiento.

— ¿Cómo lo sabe?

— ¿No ves que solo el pie izquierdo pisa con ganas? Es por el peso del corazón.

Me explica que puede leer la vida de un hombre por su manera de pisar el suelo. Todo está escrito en sus pasos, los caminos por donde anduvo.

— La tierra tiene sus páginas: los caminos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

— Más o menos.

— Tú lees libros, yo leo el suelo. Ahora acércate un poco más y dime: ¿el traje que lleva puesto es negro?

— Sí. ¿No lo ve?

— No veo los colores. No veo ningún color.

Una enfermedad que vino con la edad. Empezó dejando de ver el azul. Escrutaba el cielo, miraba el río. Todo pálido. Después fue el verde, la selva, el pasto —todo otoñecido, desverdado. Poco a poco se le fueron escapando los demás colores.

— Yo ya no veo blancos ni negros, para mí son todos mulatos.

Se había resignado. Al fin de cuentas, ¿acaso no es el ciego el que más mira por la ventana? Le hacía falta, sí, el azul. Porque había sido su primer color. En la pequeña aldea donde se había criado, el río había si-

do el cielo de su infancia. Pero, en el fondo, el azul nunca es un color exacto. Apenas un recuerdo, en nosotros, del agua que fuimos.

— ¿Sabes qué hago ahora? Vengo al río y escucho las olas: y los azules vuelven a nacer. Como ahora, que estoy escuchando el azul.

Miserinha se levanta. El balanceo del barco le turba el corazón. Se aleja con paso atolondrado. La gorda mete los pies en los vanos. Pierde relieve entre la multitud.

Ya se vislumbra el contorno oscuro de la isla. El barco empieza a ralentar los motores. Con la brisa en el rostro, desperezo la mirada en el oleaje. Entonces veo el pañuelo flotando en las olas. Es, sin duda, el pañuelo de Miserinha. Un sobresalto en el pecho: ¿la vieja se habrá resbalado y hundido en las aguas? Urgía dar el alerta, parar el barco, salvar a la señora.

— ¡Tío, la mujer cayó al río!

Abstinêncio queda perturbado. Él, que nunca se altera, alza los brazos con sobresalto. Escruta las olas, las manos crispadas sobre la borda. Urge dar la alarma. Avanzo a los empujones hasta la sala de comando. Pero alguien me tranquiliza:

— No cayó nadie, fue el viento que se llevó un pañuelo.

Siento un empujón en el hombro. Es Miserinha. La misma que viste y calza, la cabeza descubierta, el cabello canoso a la vista. Se pega a mí, cara a cara, como un secreto:

— No te aflijas, el pañuelo no cayó. Fui yo que lo arrojé a las aguas.

— ¿Arrojó el pañuelo? ¿Y por qué?

— Por tu causa, hijo mío. Para traerte suerte.

— ¿Por mi causa? ¡Pero era un pañuelo tan lindo! Y ahora, así, desperdiciado en el río...

— ¿Y eso qué? ¿Acaso existe mejor lugar para arrojar bellezas?

El río estaba triste como nunca. Ella le había arrojado esa alegría. Para que el agua recordara y así fluyeran gracias divinas.

— Y tú, hijo mío, necesitarás mucha protección.

La tela confunde a una gaviota, sus patas rozan el pez falso. Y enseguida aparecen otras, envidiosas, haciendo barullo. Cuando vuelvo a mirar, Miserinha se está yendo, disuelta en medio de la gente.

La isla de Luar-do-Chão debe estar casi a la vista, tan grande es la agitación. El tío Abstinêncio se acerca, irguiéndose solemne contra el viento.

— ¿Hablabas con esa vieja?

— Sí, tío. Hablaba.

— No hables. No dejes que se te acerque.

— Pero, tío...

— Nada de tío. Que esa mujer no se te acerque. ¡Nunca!

Canoas y jangadas se aproximan para trasladar a los pasajeros a la playa. Algunos hombres suben a cubierta para ayudar con el trasbordo. Me quedo con tío Abstinêncio viendo desembarcar a la gente. Él siempre espera a ser el último. Morirá después de todos, decía el abuelo.

La noche se puso más densa, la lancha que viene a buscarnos parece flotar en lo oscuro. Antes de subir a la embarcación Abstinêncio me detiene, apoya la mano sobre mi pecho:

— Ahora que estamos por llegar, prométeme que tendrás cuidado.

— ¿Cuidado? ¿Por qué, tío?

— No lo olvides: te pusieron el nombre del viejo Mariano. No lo olvides.

El tío se desdibuja en el esclarecimiento. Ya no era él quien hablaba. Una voz infinita se esfuma en mis oídos: yo no solo continuaba la vida del fallecido. Yo era su vida.

2

El despierto nombre de los vivos

El mundo ya no era un lugar para vivir.
Ahora, ya ni para morir era.
(Abuelo Mariano)

La lancha que viene a buscarnos a bordo es diferente de las otras. En ella está mi padre, Fulano Malta, sentado sobre una caja de madera. Cuando me ve, se deja estar inmóvil, como si fuera demasiado esfuerzo estar allí. Me inclino para saludarlo.

— ¿Está triste, papá?

— No. Estoy solo.

— Estoy aquí, papá.

— Me hago falta sin ti, hijo mío.

Se yergue, necesitado, quizá, de amparo. Llegué a pensar que buscaba el consuelo de un abrazo. Pero no. Finge mirar una gaviota cualquiera. También miro el pájaro: sus alas en floración rectifican nuestra frágil condición. La mano en el remo, el gesto firme, mi viejo suspira, a manera de consuelo:

— Nadie vive de ida y vuelta.

A su lado, reparo entonces, está un indiano. Lo reconozco, es el médico de la isla, el doctor Amílcar Mascarenha. El médico se reparte entre Luar-do-Chão y la ciudad. Esta vez viajó en el mismo barco que yo y, sin darnos cuenta, desembarcamos juntos. Me saluda tocando el ala del sombrero.

— ¿Y el médico por qué? —le pregunto a Abstinêncio que está a mi lado.

— Para confirmar.

— ¿Confirmar qué?

— Mira, ya estamos llegando.

Están esperándonos en la playa. La familia, casi completa. Los hombres adelante, los pies bañados por el río, nos hacen señas. Las mujeres

detrás, los brazos de unas cruzados con los de las otras como sosteniendo un solo cuerpo. Ninguna me mira a la cara.

Cuando me dispongo a avanzar el tío me tira hacia atrás, casi violento. Se arrodilla en la arena y, con la mano izquierda, dibuja un círculo en el suelo. Sobre el margen, el garabato divide los mundos: de un lado la familia; del otro nosotros, los recién llegados. Permanecen todos así parados, a la espera. Hasta que una ola borra el dibujo en la arena. Mirando el borde del río, el tío Abstinêncio profiere:

— El hombre trenza, el río destrenza.

Está escrito el respeto por el río, el gran mandador. Se había acatado la costumbre. Solo entonces Abstinêncio y mi padre avanzan hacia los abrazos. Mi tío se da vuelta y autoriza:

— ¡Ahora sí, puedes recibir los saludos!

Nada demora más que las cortesías africanas. Se saluda a los presentes, a los idos, a los llegados. Para que nunca haya ausentes. Palabras que estrujan tanto como los brazos entrecruzados de las mujeres que nos esperan.

Después de las circunstancias, atravesamos el mercado de pescado. Las vendedoras ya están acomodando sus pertrechos, desarmando los puestos. Los últimos pescados se venden por monedas. De aquí a unas horas estarán podridos.

— Ayúdame, hijo.

Pensé que era una vendedora que me asediaba. Pero es Miserinha, pidiéndome que la conduzca entre la multitud.

— Camina mirando al cielo, fíjate si pasa un pájaro.

Mi tío me hace señas para que me aleje de la gorda. Pero no puedo dejarla sin antes hacerle el favor de cruzar el mercado. Miro al cielo. Pasa lenta una garza, de regreso a los grandes árboles.

— ¡Mire, Miserinha, una garza!

— Eso no es una garza. Es un *mangondzwane*.

Un pájaro-martillo, bicho cargado de leyendas y maldiciones. Miserinha lo reconoció sin levantar la vista del suelo.

— Presta atención a ver si canta.

Pasa sin cantar. Un frío me golpea. Todavía recuerdo el mal presagio que entraña el silencio del *mangondzwane*. Algo grave estaría por ocurrir en el pueblo.

— ¡Sube al ganda-ganda!

Ni tiempo tengo de despedirme. Trepo al remolque del tractor, círculo entre angostos caminos de arena. Hasta hace poco el pueblo tenía una sola calle. La llamaban, con ironía, la Calle del Medio. Ahora se abrieron otros caminos de arena floja, un entrevero. Pero el pueblo todavía es demasiado rural, le falta esa geometría de los espacios organi-

zados. Allí están los cocoteros, los cuervos, las lentas fogatas que comienzan a despuntar. Las casas de cemento están en ruinas, exhaustas de tanto abandono. No solo casas destrozadas: es el tiempo mismo desmoronado. Todavía se distingue en una pared un letrero sucio por el paso del tiempo: "Nuestra tierra será la tumba del capitalismo". En la guerra tuve visiones que nunca quise repetir. Como si esos recuerdos vinieran de una parte ya muerta de mí.

Me duele como está la isla, la decadencia de las casas, la miseria propagada por las calles. Hasta la naturaleza parece víctima del mal de ojo. Los pastizales se prolongan secos, parece que tapizaran de paja el horizonte. A primera vista todo está marchito. Pero más allá, a un tiro de piedra, reverbera la vida, perfumada como una fruta en verano: enjambres de niños cruzan los caminos, las mujeres bailan y cantan, los hombres hablan alto, dueños del tiempo.

Nos cruzamos con un automóvil de lujo enterrado en el arenal. ¿A quién se le habrá ocurrido traer un vehículo urbano a una isla sin calles?

— ¡Miren, es el tío Últímio! —y hacen señas.

Mi tío Últímio, todos lo saben, es un hombre importante en la capital, defleca negocios y politiqua al ritmo de las conveniencias. La política es el arte de mentir tan mal que solo se puede ser desmentido por otros políticos. Últímio siempre anduvo propalando engaños y todo indica que ha lucrado y acumulado alianzas e influencias. Sin embargo se presenta frágil, a merced de una pobre mano. Los del tractor comentan a sus anchas sobre el automóvil enterrado de trompa, las ruedas hundidas en arena. Pero no se detienen. Algunos incluso insisten con los deberes solidarios. Pero Fulano Malta es terminante:

— Que se desentierre solo —sentencia burlón.

Por fin avisto nuestra casa grande, la más grande de toda la isla. Le pusimos Nyumba-Kaya para complacer a los familiares del norte y del sur. "Nyumba" es la palabra para nombrar la casa en las lenguas del norte. En las del sur, casa se dice "kaya".

Incluso desde lejos, se ve que mandaron quitar el techo de la sala. Siempre se hace así cuando hay una muerte. El luto manda que entre el cielo en las habitaciones para limpiar la suciedad cósmica. La casa es un cuerpo —el techo separa a la cabeza del cielo altanero—. Se abate sobre mí una imagen que habrá de repetirse: la casa levanta vuelo, como aquel pájaro que Miserinha señaló en la playa. Y veo cómo la antigua morada, nuestra Nyumba-Kaya, se extingue en las alturas hasta no ser más que una nube entre nubes.

Bajamos del tractor en alegre montón. La casa grande está frente a mí, me desafía como una mujer. Una vez más, matrona y soberana, Nyumba-Kaya se yergue ante el tiempo. A sus antiguos fantasmas se ha

sumado, ahora, el espíritu del difunto abuelo. Y se confirma la verdad de las palabras del viejo Mariano: yo podría tener muchas viviendas, sí; pero casa sería solamente aquella, única, indisputable.

En la puerta está tía Admirança, la hermana de mi abuela. Es mucho más joven que Dulcineusa, hija de otro matrimonio. Decíamos, en broma, que era una hermana *lejana*. En Luar-do-Chão no hay una palabra para decir media hermana. Todos son hermanos completos.

Admirança es la primera persona que me besa. Sus brazos me estrujan, se demoran. Con el cuerpo, Admirança habla tristezas que las palabras desconocen.

— ¿Por qué tardaste tanto?

— No fui yo, tía. Fue el tiempo.

En la huerta y en el interior de la casa todo indica el entierro. Se vive hasta el último detalle la víspera de la ceremonia. En la casa grande se acomodan familiares llegados de todo el país. En las habitaciones, en los pasillos, en los fondos se amontonan rostros que en su mayoría desconozco. Me miran con muda curiosidad. Hace años que no visito la isla. Veo que se preguntan: ¿yo, quién soy? Me desconocen. Más que eso: me irreconocen. Porque yo, dada la circunstancia, soy un pariente aparente. Solo el luto hace que seamos de la misma familia.

Sea yo quien fuere, esperan tristeza de mí. No este estado de ausencia. No los tranquiliza verme tan solo, tan despedido de mí. En África los muertos no mueren nunca. Salvo los que mueren mal. A esos los llamamos abortos. Sí, el mismo nombre que se da a los desnacidos. Al fin de cuentas, la muerte es otro nacimiento.

— Ven, hijo mío, que está relampagueando.

Tía Admirança me invita a entrar. Nos abrimos paso entre la multitud, apretados uno contra el otro como dos *pahamas*, esos árboles que se estrangulan en un abrazo de raíces y troncos. Contra mi pecho, siento sus senos provocadores. Provocales, diría mi abuelo Mariano.

— Cuidado con los relámpagos —insiste ella.

Miro la noche y no vislumbro chispeo alguno. El cielo está limpio de tan oscuro. Admirança nota mi incredulidad.

— ¿No lo sabes? Aquí tenemos esos relámpagos que no hacen luz. Esos matan mucho.

La tía camina unos pasos más adelante. Veo que su cuerpo se abandonó a la redondez, pero se conserva firme. Como el suelo: debajo yace la ardiente lava, fuego que enciende fuego.

— Vamos, ven a ver a la abuela, pidió verte en cuanto llegaras...

Nos detenemos delante de la puerta del cuarto de la abuela Dulcineusa. Antes de entrar, mi tía hace de cuenta que me ajusta la camisa. Y me avisa: la abuela no se siente bien, el peso de la tristeza la ahoga.